



cries 

**La crítica coyuntura cubana en tiempos de
pandemia en 2021: los desafíos sociales,
económicos, políticos e internacionales**

Carlos Alzugaray Treto





La crítica coyuntura cubana en tiempos de pandemia en 2021: los desafíos sociales, económicos, políticos e internacionales¹

Por Carlos Alzugaray Treto

La coyuntura social, económica y política doméstica de Cuba en el 2021 está marcada no sólo por los desafíos que le impone la pandemia, lo que es algo común para cualquier otro país, sino por los efectos combinados de varios procesos endógenos paralelos en todos los campos del quehacer nacional. Aunque parecen primar las amenazas, existen también oportunidades que las autoridades pudieran bien utilizar para sacar al país de la crisis que lo embarga. Se trata, a todas luces de un conjunto multidimensional de transformaciones a las que se enfrenta un nuevo liderazgo en proceso de estructuración y consolidación.

El entorno internacional es también complejo, marcado sobre todo por dos factores de tendencia adversa: la crisis que sufre Venezuela, aliado principal estratégico de Cuba en la región; y el recrudecimiento de las medidas coercitivas unilaterales de Estados Unidos entre 2017-2021, aún sin revertir como prometió el presidente Joe Biden. Desde el exterior, no son estos los únicos elementos que impactan la situación cubana, pero sí los más importantes.

En estas turbulentas aguas está navegando una nueva generación de líderes cubanos a quienes les ha tocado asumir la conducción del país después de 61 años de hegemonía de lo que en Cuba se designa como “la generación histórica”, para referirse a los

“padres fundadores” de la Revolución nacional liberadora y socialista. Los noveles dirigentes, comenzando por el propio presidente, Miguel Díaz Canel, se encuentran en franco proceso de afianzamiento, teniendo como divisa la continuidad, pero obligados a introducir cambios que preserven el proyecto original en sus cuatro vertientes centrales: independencia nacional, justicia social, buen gobierno y una economía capaz de generar prosperidad de manera autónoma.

Los retos son formidables y ponen en tensión todas las interacciones sociales.

Pandemia

Al igual que otros países subdesarrollados del Tercer Mundo y particularmente de la región latinoamericana y caribeña, Cuba ha tenido que enfrentar la pandemia en condiciones particularmente difíciles pero agravadas por dos que le son específicas. Una ha sido el recrudescimiento de las medidas coercitivas unilaterales y extraterritoriales de bloqueo económico, comercial y financiero que Estados Unidos le tiene impuestas desde hace casi sesenta años. La administración Trump no cesó en una política de presión máxima desde el 2017 e incluso la mantuvo e incrementó con suma alevosía durante todo 2020 cuando la pandemia se desplegó en toda su peligrosidad. Se calcula que fueron más de 240 órdenes presidenciales punitivas.

Otra circunstancia agravante específica para Cuba lo ha sido el retraso en la aplicación de las medidas de reforma aprobadas desde el 2011, las cuales, según el criterio generalizado de las principales autoridades y de expertos cubanos y extranjeros independientes, son imprescindibles para reanimar la deprimida economía cubana y enrumbarla por el camino de la prosperidad y la sostenibilidad.

En esas complejas circunstancias, el gobierno cubano enfocó la campaña contra la COVID 19 a partir de las fortalezas acumuladas en el país tras largos años de políticas que fomentaron un sistema de salud de amplia cobertura con calidad, apoyado en una industria farmacéutica y biotecnológica de punta. En este sentido, Cuba está en una situación privilegiada entre los países subdesarrollados. Pero la clave estuvo en la solvencia del gobierno, y particularmente del presidente Díaz Canel, en apoyarse en ese capital científico y de salud para elaborar con tiempo planes de enfrentamiento y ejecutarlos con efectividad y persistencia.

Bien es cierto que se han cometido algunos errores, pero están en el marco de lo admisible si se tiene en cuenta que todos los gobiernos del mundo los han cometido por tratarse de un desafío inédito. Así, Cuba ha mantenido tasas de infección y letalidad que están muy por debajo de la media mundial. De la misma manera, el país ha podido prestar ayuda especializada con médicos y enfermeros en otras áreas del planeta, incluso en el primer mundo, como fue en el caso de Italia.

La clave del éxito futuro de la estrategia cubana está en el desarrollo acelerado de 5 candidatos vacunales y en concluir la intervención y vacunación de toda la población en los próximos meses. Aunque inicialmente hubo asombro ante esta decisión cubana, la práctica le ha dado la razón al liderazgo político y a la ciencia cubanas. Todos los expertos coinciden en vaticinar que La Habana probablemente logre lo que se propone.

No obstante, debe apuntarse que la situación económica es sumamente difícil ya que el país ha perdido por el momento dos de sus principales fuentes de ingreso en moneda libremente convertible: las remesas, debido a la decisión del gobierno norteamericano de entorpecerlas y prohibirlas totalmente; y el turismo, golpeado severamente por la propia pandemia. Caso de que el programa de vacunación se demore o fracase, existe el razonable temor de que la economía cubana no esté en condiciones de sostener sus programas de enfrentamiento a la COVID, si no se encuentran fuentes alternativas de financiamiento. Precisamente, la necesidad de activar la economía fue la causante de que se apresurara la reapertura turística en noviembre del 2020 y eso ha desencadenado un aumento de la infección que no ha podido ser controlada o disminuida aún a la altura de la fecha de redacción de este Policy Brief (Mayo del 2021).

Lineamientos y Ordenamiento

Si superar la pandemia es el reto más inmediato, el más trascendente y a más largo plazo es el de dejar atrás la crisis económica con las graves repercusiones sociales que ha tenido para la población del país en este 2021. El propio gobierno calcula que el PIB cayó en un 11% en el 2020, pero habría que tener en cuenta que esa caída se produjo después de varios años de crecimiento endeble y por supuesto insuficiente. En su discurso de clausura del VIII Congreso del Partido Comunista de Cuba en abril de este año, durante el cuál fue electo Primer Secretario del Comité Central, en sustitución de Raúl Castro, el presidente Díaz Canel definió ese desafío como una “crucial batalla económica, sin la cual todas las demás pueden resultar inútiles.” O sea, en esa habitual retórica cubana de contornos bélicos, se reconoce que lo fundamental está en el terreno del crecimiento de la producción y los servicios.

Sin embargo, no es esta la primera vez que desde las más altas esferas del país se hacen llamados similares sobre la necesidad de resolver los grandes dilemas de la economía cubana, sin que se perciban en la actividad práctica del gobierno y de sus agentes un esfuerzo coherente y sostenido por aplicar lo que ya se ha diseñado y aprobado desde el 2011 con el nombre de “Lineamientos para la Actualización del Modelo Socio Económico”. Este programa identificó tres áreas principales de transformación: unificación monetaria y cambiaria; reforma y descentralización del sector estatal; y fomento del sector no estatal para que juegue un papel más importante en la creación de empleo y en el crecimiento del PIB. En el balance que se hizo durante los debates del VIII Congreso se reconoció tanto por Raúl Castro como por el propio Díaz Canel, que se habían incumplido las metas trazadas hace diez años, pero se ratificó que ello no significaba el abandono del camino de las reformas.

En las condiciones de la pandemia y habida cuenta del desabastecimiento de los productos básicos, particularmente los alimentos, a esas tres direcciones principales se ha superpuesto, con singular urgencia, la necesidad de estimular la producción agrícola.

Pero el hecho económico de mayor importancia que se ha producido en los últimos meses es la aprobación de un proyecto que se ha llamado

genéricamente “ordenamiento”. En el centro de este se encuentra la unificación monetaria y cambiaria, a la que se han añadido otras medidas relacionadas con precios y salarios.

Todos los expertos dentro y fuera del gobierno reconocían dos cosas: no puede haber un saneamiento de la economía cubana sin esta medida; su materialización requería de un aumento salarial para compensar el previsible incremento de los precios o inflación. Era también previsible que el impacto inmediato incluiría una devaluación sustancial del peso cubano. Se requería por tanto una adecuada preparación y que la economía estuviera creciendo a un ritmo razonable para aminorar el golpe que ello significaría. Esta medida se programó para llevarla a cabo a mediados de la década pasada, pero por una serie de razones se estuvo posponiendo.

A la altura de mediados del 2020, en plena pandemia, se hizo evidente que no podía seguir definiéndose y finalmente se comenzó a aplicar en el primer semestre del 2021, coincidiendo con lo que ha resultado ser el peor momento de la pandemia. Los resultados son muy perjudiciales en el plano social sin que aún se perciban los provechos económicos que se persiguen. Una de las medidas de emergencia que hubo que tomar, la de vender alimentos y otros productos en supermercados y comercios que reciben sólo moneda libremente convertible (dólares norteamericanos en primer lugar) y únicamente por medio de tarjetas de débito que tengan respaldo en cuentas bancarias, ha causado considerables efectos palpables en la erosión de las cotas de equidad social alcanzadas.

El gran dilema de la reforma cubana es la falta de cumplimiento de los plazos, la implementación incompleta de lo acordado, y las reiteradas marchas atrás de las medidas de apertura y descentralización. En más de una ocasión tanto Raúl Castro como Miguel Díaz Canel se han quejado de la prevalencia de una vieja mentalidad o de la incapacidad de los dirigentes intermedios (“cuadros”) de ejecutar lo acordado con sensibilidad y efectividad. Estos reproches de la más alta dirección del país hace suponer a la mayoría de los observadores que la oposición a la reforma está localizada en dos estructuras del sistema: la burocracia estatal que teme perder control sobre procesos y recursos; y el aparato político ideológico del partido que

ve con aprensión el posible debilitamiento de la conciencia “socialista”, tal y como se ha concebido hasta ahora.

Aunque se percibe en las últimas semanas una prevalencia mayor de la racionalidad económica por sobre la rigidez ideológica en el discurso de los máximos dirigentes, durante el Congreso del Partido se siguieron manifestando ideas que son un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas. La exitosa conducción de la reforma en la futura etapa dependerá de cuáles fuerzas políticas prevalecerán en los próximos dos años, las del inmovilismo encubierto en llamados a la continuidad o las del cambio y la transformación.

Y eso tiene mucha relación con la habilidad que muestre la dirección de Miguel Díaz Canel, quien acaba de asumir exitosamente la jefatura de dos de las tres ramas principales del poder – el gobierno y el partido –, y sus principales colaboradores, confirmados en los resultados del VIII Congreso del partido. En éste han sido relevados naturalmente, por razones de edad, algunos de los líderes históricos más conservadores y sus seguidores. Ello debe abrir posibilidades a un liderazgo más dinámico y moderno y así habrá más posibilidades de avanzar. O al menos así se piensa.

VIII Congreso del Partido Comunista de Cuba

El hecho político trascendental de los últimos meses ha sido la celebración, a mediados de abril, del VIII Congreso del Partido Comunista de Cuba. El cónclave tuvo lugar a pesar del agravamiento que ya se constataba en la situación de la pandemia. Y la razón fundamental para que no se pospusiera a causa de ello es la trascendencia del paso que se había proyectado para el mismo: la sustitución de Raúl Castro en el cargo de Primer Secretario por el actual presidente de la República, Miguel Díaz Canel, un hecho clave en la transferencia generacional del poder. Esa transferencia es el fenómeno político que ha caracterizado la evolución del sistema cubano desde que se anunciara por primera vez en el VI Congreso del partido en el 2011.

Por el momento, resulta aventurado evaluar en su totalidad el impacto que pudieran significar los acuerdos del Congreso para la marcha de la reforma económica pues al momento de escribir este Policy Brief no se han publicado aún las

resoluciones adoptadas. Lo único que se conoce es el cambio de personal dirigente y algunos detalles estructurales de la cúpula. Todo ello pareciera indicar que se mantiene la tendencia, ya detectada en los últimos meses, a privilegiar el pragmatismo económico por sobre la rigidez ideológica en el relanzamiento de las reformas. Como ejemplo se pudiera apuntar la promoción al Buró Político del partido, por primera vez en la historia de la organización, de dos directivos provenientes del sector empresarial.

Junto a Raúl Castro, salieron definitivamente de las más altas esferas partidistas varios dirigentes identificados con la línea ideológicamente más rígida, comenzando por quién fuera en los últimos años Segundo Secretario del Comité Central, José R. Machado Ventura. Como detalle que puede tener importancia no se eligió a ningún dirigente para reemplazarlo con ese cargo y esa jerarquía, lo que fortalece organizativamente a Díaz Canel como Primer Secretario.

Tensiones en la esfera cultural

No puede analizarse la situación cubana sin una referencia al conflicto generado alrededor del llamado Movimiento San Isidro, especialmente en el ámbito de la cultura, aunque hay que reconocer que ha tenido repercusiones que trascienden esa esfera. Son varios los factores que lo han motivado. Ante todo, tiene su origen en la promulgación de un Decreto sobre la organización y desarrollo de actividades artísticas, conocido como Decreto 349 de 2017, que ha sido resistido por numerosos intelectuales que lo consideran violatorio de su libertad de creación y expresión. En segundo lugar, la situación de marginación y de discriminación que prevalece, a pesar de todas las políticas sociales del gobierno, en barrios como el de San Isidro, en La Habana Vieja, donde residen algunos artistas miembros del grupo. En tercer lugar, el evidente estímulo que reciben desde el exterior estos activistas, corriente dentro de la cual figuran prominentemente grupos financiados por fondos del gobierno norteamericano aprobados por el Congreso en Washington con el objetivo de promover la oposición y la inestabilidad dentro de la Isla.

Ni el Movimiento, ni otra agrupación acompañante llamada 27N, constituyen per se un peligro para el gobierno cubano ni una opción de poder. Sin

embargo, el mal manejo del tema, el exceso de medidas represivas, y la situación crítica en Cuba pueden producir disturbios sociales. El gobierno, al calificarlos de promotores de un “golpe blando” o de una “revolución de colores”, contribuye a la magnificación de sus actividades y a que las mismas sean percibidas como una grave amenaza. A ello ha contribuido el clima tóxico creado en la ciudad de Miami, a sólo 45 minutos de la Habana, con motivo de las elecciones norteamericanas de noviembre del 2020 y a la maquinaria de propaganda que la administración Trump y el partido republicano promovieron en el Sur de la Florida con propósitos electoreros internos.

Al juzgar la reacción del gobierno cubano ante este fenómeno no pueden dejarse de considerar, las acciones de acoso contra el mismo que se desarrollan desde Washington por más de 60 años. Hay evidencias de manipulación del tema hasta por la propia representación estadounidense en la Habana.

No obstante, las tensiones en el sector cultural no son más que un desvío de atención, con relativamente inferior importancia, ante retos y desafíos mucho más significativos en el plano económico. Eso es algo que el liderazgo cubano debería considerar.

El factor externo

Como se apuntó más arriba, dos factores externos han complicado la situación internacional de Cuba: la crisis venezolana y el recrudecimiento de las medidas de coerción unilaterales que la administración Trump le aplicó a la Isla. Habría que añadir que en los últimos años el entorno regional empeoró para las fuerzas de izquierda en general con el triunfo electoral de gobiernos de derecha en Brasil, Colombia y Chile, la evolución hacia la derecha en Ecuador y el golpe de estado que alejó temporalmente del gobierno al Movimiento al Socialismo en Bolivia.

Sin embargo, mas recientemente hubo variaciones favorables a la izquierda con los triunfos electorales de Andrés Manuel López Obrador en México, de Alberto Fernández en Argentina y la recuperación

del poder por el MAS en Bolivia. Se puede decir que, sin llegar a la etapa en que las izquierdas prevalecieron en la región en la primera década y parte de la segunda de este siglo, ha existido una reversión favorable a las posiciones cubanas.

El gobierno de Maduro en Caracas ha sobrevivido a los embates combinados de la oposición y la administración Trump, pero la crisis que se ha apoderado de Venezuela no acaba de terminar. Así, aunque no ha desaparecido del todo ese vínculo tan favorable para ambos países, las cosas no han vuelto al período 2009-2014 en que este aliado estratégico disponía de amplios recursos para mantener el convenio de cooperación en condiciones mutuamente favorables. Sea cual sea el caso, para el gobierno de la Habana es



imprescindible defender al gobierno de Maduro y mantener sus líneas de cooperación con Venezuela en materia de salud, aún cuando los suministros de petróleo se puedan ver afectados. No hay de otra.

Dejando a un lado por el momento la relación con Estados Unidos, Cuba cuenta con algunas fortalezas que contribuyen a capear el temporal.

En primer lugar, a pesar de la campaña norteamericana en su contra, el país ha mantenido y ampliado sus programas de colaboración en materia de salud, los cuales se han hecho más importantes y no dejan de ser una fuente significativa de ingresos en moneda libremente convertible. La existencia de un poderoso programa de desarrollo de candidatos vacunales contribuye a aumentar el prestigio de la medicina cubana y esto es sin duda una fortaleza.

En segundo lugar, Cuba ha mantenido sus relaciones de alianza estratégica con China y Vietnam.

En tercer lugar, hay un repunte significativo de las relaciones con Rusia, cuyos intereses geopolíticos en la región, vinculados a la presencia del gobierno de Maduro en Venezuela, convierten a Cuba, por su posición estratégica y su relación privilegiada con Caracas, en un socio de capital importancia.

En cuarto lugar, a pesar de las gigantescas presiones desencadenadas por Washington con sus aliados y de las discrepancias de la Habana con Canadá, el Reino Unido y la Unión Europea por el tema venezolano, ninguno de estos tres socios fundamentales para Cuba ha dejado de tener una actitud amistosa y de cooperación. Por el contrario, la actitud solidaria con Italia en medio de la pandemia les ha granjeado a los cubanos beneficios adicionales. A eso se añade que Noruega ha seguido respaldando el papel que ambos países han venido jugado como facilitadores del diálogo por la paz en Colombia.

En quinto lugar, Cuba sigue teniendo un bien ganado prestigio en el Tercer Mundo por sus políticas de colaboración y su capacidad y maniobrabilidad diplomática en entornos multilaterales.

En cuanto a Estados Unidos, Cuba está en una situación peculiar. La administración de Donald Trump no sólo revirtió todos los avances

logrados bajo los acuerdos entre Raúl Castro y Barack Obama entre 2014 y 2016, paralizando los intercambios diplomáticos entre ambas capitales, sino que se dedicó de forma coactiva e implacable a imponer sanciones todavía más abarcadoras y rígidas incluso después de desencadenada la pandemia. En varios terrenos fue más lejos que las anteriores. Por ejemplo, cesó de suspender el título III de la Ley Helms Burton, que codificó las sanciones unilaterales contra Cuba. Esa suspensión fue el resultado de un acuerdo entre el Ejecutivo y el Congreso adoptado cuando Bill Clinton aceptó no vetar esa legislación en 1996 y fue aplicado desde entonces por todas las administraciones, demócratas y republicanas.

Volvió a la práctica de usar la representación diplomática en Cuba para interferir agresivamente en los asuntos internos del ese país. Aunque no rompió las relaciones, utilizó un oscuro y aún no esclarecido incidente por alegadas afectaciones auditivas contra sus funcionarios en la Habana para reducir el personal de las embajadas y cerrar las secciones consulares, lo que impide el funcionamiento e implementación de los acuerdos migratorios entre ambos países. Finalmente, y ya en los días previos a la toma de posesión de Biden, el Departamento de Estado, volvió a incluir a Cuba en su “lista de estados promotores del terrorismo”, una acción que especialistas en el tema consideran improcedente.

Esa es la política hacia Cuba que Joe Biden heredó de su predecesor y que hasta ahora no ha modificado, si bien no la ha agudizado.

Ante esa disyuntiva, a la Habana no le queda de otra que esperar por las definiciones que evidentemente tendrán que llegar en algún momento y prepararse para aprovechar al máximo. No conviene a los intereses de Biden dejar la percepción de que su política es una suerte de continuación de la de Trump, como parece ser en este momento. Por otra parte, crecen las voces que demandan que cumpla lo que prometió: revertir las políticas de Trump en materia de remesas, viajes y visas. El balón está del lado norteamericano de la cancha. Sería conveniente ver esto como una oportunidad y no como una amenaza. Cuba no debe darse el lujo de desperdiciar una nueva oportunidad de relanzar la normalización con Estados Unidos si ella se presentara.



Conclusión

Para cualquier gobierno de una pequeña nación los retos que enfrenta el cubano son colosales:

- 1. Ante todo, debe vencer la pandemia aún cuando el entorno exterior no la favorece debido a las medidas de coerción unilateral de Estados Unidos que el gobierno de Joe Biden no ha levantado.*
- 1. Debe agilizar la puesta en práctica de la reforma diseñada a pesar de la reticencia y de los temores de una parte del gobierno.*
- 1. Debe neutralizar la tensión existente en el terreno de la cultura con medidas que preserven su seguridad pero que también respeten los preceptos constitucionales y no afecten su imagen externa.*

Aunque hay escenarios difíciles, como la posibilidad de que el desabastecimiento provoque inestabilidad social incontrolable, también hay un escenario favorable que pudiera estar basado en el éxito de su estrategia vacunal y, en consecuencia, la posibilidad de reabrir los aeropuertos y el turismo, todo eso en los próximos 6 meses. Si esto se materializara, Cuba estaría saliendo de los bloques de arrancada con ventaja.

Una estrategia que ponga en vigor todas las nuevas regulaciones que se han venido anunciando tanto en materia de descentralización y autonomización del sector estatal como de desarrollo de las PYMES, ayudaría a aminorar los efectos negativos del “ordenamiento” y la colocarían en una situación favorable para negociar con la administración Biden el regreso al proceso de normalización, pero no desde una situación de debilidad económica sino de recuperación de la producción y los servicios.

La Habana, mayo del 2021.

Notas

1 Policy Brief escrito especialmente para la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales.